La Generación de la República: los poetas

ALICIA MARTÍNEZ MARTÍNEZ
Universidad Autónoma de Madrid

Dice George Steiner que: «La crítica literaria debería surgir de una deuda de amor [...]. Sólo a través del amor por la obra de arte, sólo a través del constante y angustiado reconocimiento por parte del crítico de la distancia que separa su arte del arte del poeta»[1]. La deuda de amor que yo tengo contraída desde hace muchos años y que ha desembocado en que esté hoy aquí se llama Miguel Hernández. No es despropósito que aquí figure porque, como intentaré explicar más adelante, forma parte por derecho propio, amistades y opción, de lo que hemos denominado Generación de la República; pero, si no fuera suficiente con eso, apelo a la autoridad de Dámaso Alonso, que le llama «genial epígono de la generación»[2]. Utilizaré algunas estrofas de su poema «Llamo a los poetas»[3] a modo de conjuro y talismán y también como presentación de los protagonistas de esta historia:

Entre todos vosotros, con Vicente Aleixandre
y con Pablo Neruda tomo silla en la tierra:
tal vez porque he sentido su corazón cercano
cerca de mí, casi rozando el mío.
Con ellos me he sentido más arraigado y hondo,
y además menos solo. Ya vosotros sabéis
lo solo que yo voy, por qué voy yo tan solo.
Andando voy, tan solos yo y mi sombra.

Alberti, Altolaguirre, Cernuda, Prados, Garfias,
Machado, Juan Ramón, León Felipe, Aparicio,
Oliver, Plaja, hablemos de aquello a que aspiramos:
por lo que enloquecemos lentamente [...].

[1] G. Steiner, *Tolstói o Dostoievski*, Madrid, Siruela, 2002, p. 13.
[2] D. Alonso, «Una generación poética», *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos, 1969, p. 161.
[3] En D. Alonso, *El hombre acecha*, *Obras Completas*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, p. 674.

Ahí está Federico: sentémonos al pie
de su herida, debajo del chorro asesinado,
que quiero contener como si fuera mío,
y salta, y no se acalla entre las fuentes.

Faltan algunos y sobran otros de la generación canónica, esa que casi todos los manuales nombran como Generación del 27, que se recoge en la *Antología* publicada por Gerardo Diego en 1932 y cuya nómina es de trece autores.

De las condiciones que establece Pedro Salinas[4] para que un grupo pase a ser generación, creemos que nuestro grupo de la República cumple las dos fundamentales: sus relaciones personales y el hecho histórico que creó un estado de conciencia colectivo, ya que la mayoría de sus integrantes acogieron con entusiasmo –y apoyaron– la proclamación de la República; muchos de ellos trabajaron directamente por ella y fueron fieles a la legitimidad política y a la cultura progresista y moderna que la República representa.

Lo único que pretendo aquí es apuntar algunos aspectos de unos seres extraordinarios en una época extraordinaria, de ahí su estructura necesariamente fragmentaria, ya que he intentado fijarme en diferentes actitudes –vitales, poéticas, políticas– de cada uno de ellos, con el fin de dar una imagen global de la época, sin profundizar en ninguno de estos aspectos. Creo que, todavía hoy, no se ha superado aquella generación en su lucidez y capacidad de análisis, como veremos a través de sus propios textos, algunos de los cuales podrían estar firmados ahora mismo por su dolorosa actualidad. Eran tiempos de libertad, lo que es igual a decir época imperfecta, porque la libertad no tiene modelo, se hace a sí misma a cada instante, se construye en la búsqueda y comete fallos, claro. La República muere cuando sus gobernantes olvidan sus principios: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Y no debemos olvidar que, en la proclamación de la Segunda República, por las calles, el pueblo, los ciudadanos y ciudadanas cantaban *La Marsellesa*. Marsellesa con un claro sentido: «¡Mueran las cadenas!».

Un sistema heredado nunca es un buen sistema, y los poetas quisieron elegir. Su palabra, su visión, a quién decían su canción. Dice Cernuda respecto a Juan Ramón Jiménez, nada menos, que «ha estado desde el primer momento al lado de los poetas, lo cual equivale ahora a decir al lado del pueblo»[5]. Durante la Segunda República se busca una transformación en paralelo de la cultura y del pueblo. La distancia era inconmensurable, claro, por eso este camino exigía una toma de postura que algunos, con pudor –otros no–, dudan en llamar política, pero que supone un obvio compromiso personal y social. Veamos dos ejemplos. El 11 de enero de 1931, Pedro Salinas escribe a Jorge Guillén:

> Estoy pues resuelto a no hacer política, eso nunca, pero sí a declararme republicano en cuanto haya un grupo, acaso éste de Ortega y Ayala, al que pueda uno sumarse dignamente. Lo triste es que eso no implicará la menor fe ni esperanza en la república, sino simplemente una insolidaridad explícita y pública con el estado actual de cosas. La neutralidad ya no es posible[6].

En 1933, la República creó la Universidad de Verano de Santander y nombró secretario de la misma (especie de rector) a Pedro Salinas. Poeta era don Pedro, palabra que deriva, a través

---

[4] Discurso en el P.E.N. Club. Sesión del 6 de diciembre de 1935, *Revista de Occidente* CL, Año XIII, (1935), pp. 250-259.

[5] L. Cernuda, «Poetas en la España leal», en *Obra Completa*, III, Madrid, Siruela, 1994, p. 123.

[6] P. Salinas, *Correspondencia (1923-1951)*, A. Soria Olmedo (ed.), Barcelona, Tusquets, 1992, p. 113.

del latín, del griego *poietes* y éste de *poieo* (yo hago). Pedro Salinas figura en el Patronato de Misiones Pedagógicas junto a otro gran nombre: don Antonio Machado. Acción dentro de las posibilidades de cada cual. Más explícito será Luis Cernuda cuando, en 1933, publique en la revista *Octubre* lo siguiente:

> Llega la vida a un momento en que los juguetes individualistas se quiebran entre las manos. La vista busca en torno, no tanto para explicarse la desdicha como para seguir con nueva fuerza el destino. Mas lo que ven los ojos son canalladas amparadas por los códigos, crímenes santificados por la religión y, en todo lugar, indignantes desigualdades en las que siempre resulta favorecido el estúpido. Se queda, pues, en peor situación de espíritu. Este mundo absurdo que contemplamos es un cadáver cuyos miembros remueven a escondidas los que aún confían en nutrirse con aquella descomposición. Es necesario, es nuestro máximo deber enterrar tal carroña. Es necesario acabar, destruir la sociedad caduca en que la vida actual se debate aprisionada. Esta sociedad chupa, agosta, destruye las energías jóvenes que ahora surgen a la luz[7].

Los amigos de la Residencia de Estudiantes –Lorca, Buñuel, Dalí, Prados– utilizaban el término «putrefacto», inventado por Pepín Bello, para referirse a lo orgánico descompuesto, al ser humano podrido, pero también al anquilosamiento en cualquier faceta del arte. Por eso estuvieron al lado de la vida, fueron conscientes de la necesidad de modernidad, de liberación moral. Dice Federico García Lorca que el ansia de liberación es «imprescindible en todos los hombres para poderse llamar así»[8]. Esta imagen aparece repetida en varios poetas de la generación. Debían ser reminiscencias románticas las que les llevaron a concebir una sociedad enferma, como si los seres humanos se hubieran convertido en cadáveres. Así, Luis Cernuda publicará –también en *Octubre*– un poema antiburgués llamado «Vientres sentados» y Alberti repetirá esta imagen en «Al volver y empezar».

La República abría expectativas de cambio ante esta muerte social, por eso la recibieron con alegría. Tenemos un bello testimonio de Vicente Aleixandre (en su libro *Los encuentros*)[9] donde cuenta cómo él y Cernuda participaron en la manifestación por la proclamación de la República:

> Por aquella calle de Fuencarral, estrecha como una arteria, bajaba el curso caliente, e íbamos Luis y yo rumbo a la Puerta del Sol, de donde partía la sístole y la diástole de aquel día multiplicador. Luis, con su traje bien hecho, su sombrero, su corbata precisa, todo aquel cuidado sobre el que no había que engañarse, y rodeándonos, la ciudad exclamada, la ciudad agolpada y abierta, exhalada, prorrumpida habría que decir, como un brote de sangre que no agota ni se agota, pero que se irguiese [...]. Por la Gran Vía descendía otra masa humana, no apretada propiamente, sino suelta y fresca, con sus banderas y sus cantos, sus chistes públicos, sus risas primeras, una multitud niña [...].
>
> Luis Cernuda y yo, inmersos, no disueltos, bajábamos casi a oleadas, arriba, abajo, tan pronto claros, tan pronto hondos, sostenidos o sostenedores [...]. Un instante, en atención a él, al ser pasados

---

[7] L. Cernuda, «Los que se incorporan», en *Obra Completa*, III, cit., p. 63.

[8] F. García Lorca, «Alocución al pueblo de Fuentevaqueros», *Obras Completas, III, Prosa*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1997, p. 203.

[9] Madrid, Espasa Calpe, 1985, pp. 143-145.

en el movimiento de las aguas de la calzada a la acera le dije: «¿Quieres que nos vayamos por esta bocacalle ahora, al pasar? Se puede». «No», oí su respuesta. «No», dijo sonriendo; «no», asintiendo, casi diría extendiendo sus brazos en el movimiento natural. Un momento le miré como nadador. Pero en seguida pensé; no, agua mejor, curso mejor. Y le vi a gusto. Sonrió y se dejó llevar.

Quizá la única vez en su vida que Luis Cernuda se dejó llevar, me permito comentar.

Y Aleixandre, uno de los poetas más subjetivos e instrospectivos del grupo, el cantor del amor, el gran creador de imágenes surrealistas, parece recordar esta escena cuando en 1954 escribe en *Historia del corazón:*

No es bueno
quedarse en la orilla
como el malecón o como el molusco que quiere calcáreamente imitar a la roca
sino que es puro y sereno arrasarse en la dicha
de fluir y perderse
encontrándose en el movimiento con que el gran corazón de los hombres palpita extendido.

No parece casual que el 20 de abril de 1931, apenas un mes después de proclamada la República, escriba Luis Cernuda «Diré cómo nacisteis», primer poema de su libro *Los placeres prohibidos*[10], donde, siguiendo con la metáfora acuática, dejaría fluir su pensamiento:

Diré cómo nacisteis, placeres prohibidos,
Como nace un deseo sobre torres de espanto,
Amenazadores barrotes, hiel descolorida,
Noche petrificada a fuerza de puños,
Ante todos, incluso el más rebelde,
Apto solamente en la vida sin muros.

El poeta canta desde su yo más profundo, desde una opción sexual que tanto dolor le causó y que ahora enarbola como bandera de y en la libertad:

No sabía los límites impuestos,
Límites de metal o papel,
Ya que el azar le hizo abrir los ojos bajo una luz tan alta,
Adonde no llegan realidades vacías,
Leyes hediondas, códigos, ratas de paisajes derruidos.

Para proyectarse en el mundo, los poetas parecen necesitar siempre de un previo posicionamiento personal que puede ser pura contradicción o negación, pero que los identifica como seres únicos. Algo así como si necesitaran decir: «este soy yo, ahora voy hacia vosotros, hacia el mundo».

La solidaridad de García Lorca con la República fue a la manera que él sabía, quería y podía: a partir de la palabra y de la cultura. Desde el primer momento colaboró con las Misiones

[10] L. Cernuda, *Obra completa*, I, Madrid, Siruela, 1993, p. 173.

Pedagógicas y dirigió, junto con Eduardo Ugarte, el grupo de teatro universitario La Barraca, que llevó por los pueblos de España obras de Cervantes, Calderón, Lope de Vega, Antonio Machado o Tirso de Molina. En septiembre de 1931, en su «Alocución al pueblo de Fuentevaqueros»[11], Lorca, que inaugura una biblioteca, dice:

> ¡Libros! ¡Libros! He aquí una palabra mágica que equivale a decir: «amor, amor», y que debían los pueblos pedir como piden pan o como anhelan la lluvia para sus sementeras. Cuando el insigne escritor ruso Fedor Dostoyevsky, padre de la revolución rusa mucho más que Lenin, estaba prisionero en la Siberia, alejado del mundo, entre cuatro paredes y cercado por desoladas llanuras de nieve infinita, pedía socorro en carta a su lejana familia, sólo decía: «¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera!». Tenía frío y no pedía fuego, tenía terrible sed y no pedía agua, pedía libros, es decir, horizontes, es decir escaleras para subir a la cumbre del espíritu y del corazón.
>
> Ya ha dicho el gran Menéndez Pidal, uno de los sabios más verdaderos de Europa, que el lema de la República debe ser: «Cultura». Cultura, porque sólo a través de ella se pueden resolver los problemas en que hoy se debate el pueblo lleno de fe, pero falto de luz.
>
> Y no olvidéis que lo primero de todo es la luz.

El poeta más querido, la luz del mundo... dicen que cuando él entraba a un lugar, no hacía frío ni calor, hacía Federico. Parece que toda alegría sobrehumana, como la suya, no es más que una forma de defensa, un postergar la muerte cuando somos conscientes de que va a nuestro lado. Pero eso es otra historia. Lo que ahora interesa es que una de las prioridades de la República fue la cultura. Como vivimos en la sociedad de los datos, daré alguno: en abril se proclama la República, en mayo se crean las Misiones Pedagógicas, que desde el primer momento fundan bibliotecas, representan obras de teatro, dan conferencias sobre arte... En 1931 se crearon 7.000 escuelas, en 1932, 2.580. Cimientos de papel: una labor educativa que cuesta años en detrimento, tal vez, de problemas acuciantes del momento como la reforma agraria o los poderes militar y religioso, que serán los asesinos de la República. Pero esto es, también, otra historia.

En la Residencia, Lorca fue compañero de Emilio Prados, otro de los poetas de la generación. En su poema «La balada del agua del mar», Lorca llama a Prados «cazador de nubes». Parece que este epíteto corresponde a una realidad: a Emilio Prados le gustaba jugar, desde la ventana de su habitación en la Residencia, a atrapar nubes en un espejo de mano y proyectar su reflejo. Tal vez fuera este juego el que tenía en mente Federico cuando, en una lectura de algunos poemas de *Poeta en Nueva York*, dice:

> Yo, solo y errante, agotado por el ritmo de los inmensos letreros luminosos de Times Square, huía en este pequeño poema [se refiere a «1910 (Intermedio)»] del inmenso ejército de ventajas donde ni una sola persona tiene tiempo de mirar una nube o dialogar con una de esas delicadas brisas que tercamente envía el mar sin tener jamás una respuesta [...][12].

A continuación de estas palabras recita un poema («Vuelta de paseo») cuyo primer verso dice: «Asesinado por el cielo».

---

[11] F. García Lorca, «Alocución al pueblo de Fuentevaqueros», *op. cit.*, p. 204.
[12] F. García Lorca, «[Un poeta en Nueva York]», *op. cit.*, p. 165.

El compromiso de Federico García Lorca fue siempre con las víctimas, con los «nadies», con los *aposeídos*, que no desposeídos, porque nunca tuvieron nada. Ahí estaba Federico. En 1935 dice en una entrevista[13]:

> El artista, como observador de la vida, no puede permanecer insensible a la cuestión social. No es en absoluto algo que diga yo ahora porque sí. No. Hablo por mí y por muchos amigos a los que les ha pasado lo mismo. Mire, cuando fui a Norteamérica, iluminado por ver aquel nuevo mundo, tan moderno, tan codiciado por todos, sentí una sensación de desesperanza.
> Me horroricé cuando me dijeron que sólo en los Estados Unidos había doce millones de parados [...]. Observando sólo de la manera más superficial uno llega a comprender el alcance de todo el drama social de hoy, ante el cual nadie que sienta el menor sentimiento de solidaridad humana puede ser insensible.

Dice Cernuda[14] en «Poetas en la España Leal» que «Allí donde él esté [Lorca], sea sombra o memoria, está también lo más hermoso del mundo». Hermoso porque supo ver cómo el ser humano debía entrar, con toda su miseria, en la poesía. Cuando, en 1929, llega Lorca a Nueva York, capta inmediatamente dónde están «los suyos»:

> ¡Ay, Harlem! ¡Ay Harlem! ¡Ay, Harlem!
> No hay angustia comparable a tus rojos oprimidos,
> a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro,
> a tu violencia granate sordo-muda en la penumbra,
> a tu gran Rey prisionero con un traje de conserje.

Esto en una época, la pre-republicana, en la que, como recuerda Rafael Alberti en *La arboleda perdida*[15]: «A nadie [...] se le ocurría entonces pensar que la poesía sirviese para algo más que el goce íntimo de ella. A nadie se le ocurría. Pero los vientos que soplaban ya iban henchidos de presagios». Añade que «adivinando más que sabiendo lo que deseaba» escribió su poema «Con los zapatos puestos tengo que morir. Elegía Cívica». Por poeta, *Elegía;* por ciudadano, *Cívica*. Este título marca la transición: Alberti sale de la oscura introspección de *Sobre los Ángeles* para abrirse al mundo. No fue el único, aunque tal vez sí el más explícito, en salir del tanteo subjetivo de su yo para abrazar algo que todavía no sabían nombrar, pero que derivó en el compromiso, a través de la poesía, con un pueblo que quería avanzar. Algunos supieron guardar las distancias, utilizar la ironía. Cuenta Alberti en la mencionada *La arboleda perdida* que el poeta Fernando Villalón (que también era ganadero, brujo, teósofo e hipnotizador) le dijo respecto a la proclamación de la República:

> No hay que hacerse ilusiones. Hasta que tú no veas a la Guardia Civil gritando por las calles «¡Viva la República!» todo seguirá igual[16].

---

[13] «Federico García Lorca habla para los obreros catalanes», en *Obras Completas*, *op. cit.*, p. 600.
[14] L. Cernuda, *Obra Completa*, III, Madrid, Siruela, 1994, p. 123.
[15] R. Alberti, *La arboleda perdida*, I, Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 306.
[16] *Ibid.*, p. 326.

Alberti, que sólo reconoce la sangre azul del mar, escribe en *Marinero en tierra*[17] (de 1924):

El mar. La mar.
El mar. ¡Sólo la mar!
¿Por qué me trajiste, padre,
a la ciudad?

¿Por qué me desenterraste
del mar?

En sueños, la marejada
me tira del corazón.
Se lo quisiera llevar.

Padre, ¿por qué me trajiste
acá?

Esta mirada se transforma y el idealismo deja paso a una posible realidad del mar si no se remedia. Así lo pone de manifiesto en «Bakú»[18], perteneciente a *El poeta en la calle*, escrito entre 1931-1935:

Pero el mar... Alto mar sucio de gasolina,
de petróleo escondido bajo la baja mar.
Escucha. Son los hombres, sin sombra, de la mina.
La tierra exige al fuego su voz para gritar [...].

Para el pájaro vivo se murieron las ramas,
las yerbas intentaron nacer y respirar.
¿Quién domina los centros del mundo y de las llamas?
¡Los hombres!
Y el petróleo va de un mar a otro mar.

El poeta pasa de decir su palabra en la eternidad a decirla en el tiempo, como nos recuerda también Alberti en *Con los zapatos puestos tengo que morir:* «Hoy sí que nos importa saber a cuántos estamos hoy»[19].

Pero, en mi opinión, si hubiera que nombrar la República con nombre de poeta, se llamaría Miguel Hernández. Miguel llegó a Madrid el 30 de noviembre de 1931, con un puñado de versos, poquísimo dinero y mucha voluntad: «En cuclillas ordeño / una cabrita y un sueño». Quería hacer de su pasión su oficio, quería ser poeta y ¡vaya si lo consiguió! Si Lorca dice que él era poeta «gracias a Dios y a la técnica», nosotros podemos decir que Miguel lo es gracias al coraje. En mayo de 1932 vuelve a Orihuela, su pueblo, absolutamente fracasado y desilusionado. Escribe entonces *Perito en lunas*, donde Miguel intenta sublimar su condición de cabrero encorsetando su voz en formas herméticas, dificultosas, gongorizantes.

En 1936 publica *El rayo que no cesa,* inspirado por su amor a Josefina Manresa, a la que conoció en 1932 y que será su esposa, la de la vida y la de la poesía también. En julio de 1934 conoce en Madrid a Pablo Neruda. Mucho se ha hablado de la influencia de Pablo Neruda en Miguel Hernández y ésta es innegable, ya que el propio Miguel la reconoce, pero alguien dijo que «no me buscarías si no me hubieras encontrado». La tendencia de Miguel Hernández hacia la

[17] R. Alberti, *Obras Completas, Poesía, I*, Madrid, Aguilar, 1988, p. 123.
[18] *Ibid.*, p. 532.
[19] *Ibid.*, p. 512.

poesía impura, su panteísmo, el erotismo casi cósmico que desbordan a veces sus poemas, es rastreable desde sus primeras composiciones. Neruda le ofreció, tal vez, el espaldarazo necesario para reconocer esa voz y soltar amarras. Una de las primeras que rompió Miguel fue con el catolicismo asfixiante que le venía lastrando desde tiempo atrás, sin dejar a su intuición elaborar la poesía que necesitaba. Es así como escribe el poema «Sonreídme»:

> Vengo muy satisfecho de librarme
> de la serpiente de las múltiples cúpulas,
> la serpiente escamada de casullas y cálices:
> su cola puso acíbar en mi boca, sus anillos verdugos
> reprimieron y malaventuraron la nudosa sangre de mi corazón.
> Vengo muy dolorido de aquel infierno de incensarios locos,
> de aquella boba gloria: sonreídme.

A partir de este momento, Miguel sabrá que «el polvo no es tierra» («Vecino de la muerte») y que a él, por encima de todo, le interesa la tierra y todo lo que la tierra contiene. Hace suya la afirmación de Neruda: «quien huye del mal gusto cae en el hielo». De ningún modo caerá, nunca, en el hielo Miguel Hernández. Cuando un grupo de militares capitaneados por Francisco Franco dan el golpe de Estado contra la República, él sale a defenderla al frente y es comisario de cultura en la 46 División, la de *Campesino*, y escribe *Viento del pueblo*, un libro de poemas que es eso estrictamente: viento, sabor y rabia de un pueblo al que arrebatan por las armas el gobierno que se le había otorgado. Al frente de *Viento del pueblo* escribe Miguel una dedicatoria a Vicente Aleixandre que resume cuál es el papel que representaron, o debieron representar, los poetas en la República:

> Vicente: a nosotros, que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres. Nosotros venimos brotando del manantial de las guitarras acogidas por el pueblo, y cada poeta que muere deja en manos de otro, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a nuestro corazón esparcido. Ante la sombra de dos poetas nos levantamos otros dos, y ante la nuestra se levantarán otros dos de mañana. Nuestro cimiento será siempre el mismo: la tierra. Nuestro destino es parar en las manos del pueblo. Sólo esas honradas manos pueden contener lo que la sangre honrada del poeta derrama vibrante. Aquel que se atreve a manchar esas manos, aquellos que se atreven a deshonrar esa sangre, son los traidores asesinos del pueblo y la poesía, y nadie los lavará: en su misma suciedad quedarán cegados.
>
> Tu voz y la mía irrumpen del mismo venero. Lo que echo de menos en mi guitarra lo hallo en la tuya. Pablo Neruda y tú me habéis dado imborrables pruebas de poesía, y el pueblo, hacia el que tiendo todas mis raíces, alimenta y ensancha mis ansias y mis cuerdas con el soplo cálido de sus movimientos nobles. Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar soplados a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas. Hoy, este hoy de pasión, de vida, de muerte, nos empuja de un imponente modo a ti, a mí, a varios, hacia el pueblo. El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo[20].

---

[20] M. Hernández, «Dedico este libro a Vicente Aleixandre», *Viento del pueblo*, Madrid, Cátedra, 1999, pp. 55-56.

¿Y las poetas? Porque las hubo: Ernestina de Champourcin, Josefina de la Torre, Concha Méndez... En diferentes manuales señalan a una (diferente cada vez) como «la única representante de la generación». Para valorar el trabajo de estas mujeres debemos tener en cuenta, en primer lugar, el contexto en el que ese trabajo poético se producía, ya que incluso los círculos de vanguardia actuaron de forma ambigua o recelosa, cuando no abiertamente hostil, ante este empuje intelectual. Las mujeres, salvo excepciones, necesitaban una «emancipación moral» (Margarita Nelken) que les permitiera después proyectarse en una causa política. En 1926, un grupo de mujeres entre las que figuran María de Maeztu, Ernestina de Champourcin y Concha Méndez fundan el Liceo Femenino, siguiendo el modelo de las residencias británicas y un poco en paralelo a lo que ya era la Residencia de Estudiantes. Su objetivo: que las mujeres accedieran a una educación integral, laica, libre e igualitaria. La Constitución republicana recogió derechos fundamentales de los que las mujeres habían carecido, como el derecho al voto, el acceso a empleos públicos o al divorcio, a que sus hijos tuvieran los mismos derechos fueran «naturales» o no, la patria potestad compartida..., pero ya sabemos que las leyes no modifican de un día para otro la sociedad. María Teresa León[21] dice en *Memoria de la melancolía* que, en 1931, «comenzaban los años españoles más claros del siglo XX. Era la toma de poder de los intelectuales. La gente que había decidido "mejor que no sepan leer" estaba muda. Los privilegiados iban a ser otros». Sin embargo, Concha Méndez cuenta en *Memoria hablada* cómo en su casa no la dejaban coger «ni siquiera el periódico» y cómo su madre la golpeó con el teléfono en la cabeza por haber asistido a una conferencia.

Así las cosas, no es de extrañar que una de las preocupaciones fundamentales de estas mujeres fuera recuperarse a sí mismas, reconocerse como seres independientes de padre, hermano, esposo... Como escribe Josefina de la Torre:

¡Gritar, gritar, defenderme
sola, sin brazos, sin luz!
Voz de abierta noche amarga,
dominadas rebeldías.
Gritar. ¡Mi garganta única!
¡Cuerda de luna y de sol!
¡Vibrante nota del aire!
¡Claro mar del horizonte!

¡Oh, sí! Gritar al encuentro,
brazos desnudos de arenas,
conquista de lo imposible.
No quiero cadenas muertas,
inmovilidad culpable.
¡Libre, libre, libertada!
¡Mía, solamente mía!

O tomar conciencia de su propio cuerpo y de su placer, como Ernestina de Champourcin:

Voy a arraigar en ti. Mis fuerzas más oscuras
remueven lentamente la tierra de tu alma.
Quisiera penetrarte y enraizar mi esencia
sobre la carne viva que nutre tu fervor.

Ahondaré en ti mismo y abrasará tu sangre
el fuego de la mía rebelde y soñadora.
Invadido por mí, derribarás la cumbre
que te aleja del cielo.

[21] M. T. León, *Memoria de la melancolía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1999, pp. 108-109.

¿No sientes mis raíces? Tu tallo florecido,
ebrio de sí, eterniza mi cálida fragancia.
¡Irguiéndolo alzarás la copa de mi frente,
hasta volcar su zumo en los labios del sol!

Esta brillante generación, la mejor generación, la que intentó nuestro progreso, nuestra modernidad y una cultura que nos igualara y nos hiciera libres, fue dispersada, asesinada, acallada o exiliada entre 1936 y 1939. Y aun después. Ya que al principio hablé de la lucidez casi profética de los protagonistas, me gustaría terminar con una muestra de la lucidez de María Teresa León, que escribió en su *Memoria de la melancolía*[22] lo que sigue:

> No volveré a leer más, lo sé todo. El hombre no tiene escarmiento, decía mi abuela; luego, tiraba el periódico. Eso me da ganas de hacer a mí, tirar el periódico, todos los periódicos donde las noticias se repiten: el mismo crimen, la misma sociedad divirtiéndose, los mismos robos, igual cerrazón en los oídos. Y la guerra. ¿Cómo serán las noches de Vietnam con los aparatos enemigos ultramodernos acechándolas? ¿Cómo se sienten los hombres, aguantando sobre sus espaldas curvadas todo el peso de la primera potencia mundial? Comprendo que a muchos españoles leales se nos llenen de lágrimas los ojos recordando. ¿Será posible que después de treinta años se esté repitiendo la historia, nuestra historia?

[22] *Ibid.*, p. 102.